

## LA GESTA DEL HUMANISTA O SOBRE TRES GIROS DEL CID

Por Javier Suarez Trejo

Entonces, recuerdo un verso:

*Saludadme a mio Çid, el que en buen hora çinxo espada*

Un verso que me ofrece dos claves para entender la gestión. ¿De quién se habla? Del Mio Cid, caballero castellano reconocido por su gran humanidad. ¿Qué se dice de él? Dos cosas: que hizo algo “en buen hora” y que “çinxo espada”. ¿Un gestor? Un héroe, una oportunidad y una herramienta. ¿Un gestor? Un héroe que sabe ver las oportunidades y tiene las herramientas para llevar a cabo una empresa, una gesta. Y en el momento en que quiero llamarte, lector, héroe oportuno y con recursos, sigo recordando. El Mio Cid es un cantar de gesta, un género literario de la Edad Media. Entonces, me vuelvo a preguntar, ya dudando: ¿por qué no puedo ser yo un héroe oportuno y con recursos? ¿Yo, estudiante de humanidades?

Las palabras son caminos que se bifurcan, que se multiplican en inusitados senderos. Sin querer, o buscándolo, he usado dos palabras muy caras a ti, gestor, pero quizás más caras a mí, ¿humanista? (digamos, por motivos geográficos, Pabellón H, aunque de ningún modo exclusivamente): empresa y gesta. El Cid lleva a cabo una empresa, es decir, una tarea que entraña dificultad y cuya ejecución requiere decisión y esfuerzo, y, al mismo tiempo, es agente de una gesta (que él y sus colaboradores gestionan). La gesta se configura, entonces, como el anhelo por el cual el héroe (gestor y/o humanista) lleva a cabo su empresa: si la gestión es la forma según la cual se gestiona la gesta (y perdónenme el lector por este innecesario trabalenguas), la gesta es el anhelo de la gestión no sólo como ganancia material sino sobre todo como recuerdo de un acto memorable, de un proceso que vale la pena vivirse porque será recordado como un bien colectivo (RAE).

En estos momentos, lector, he perdido un poco de estabilidad (como a todo héroe le sucede) y ya no sé a quién le hablo: ¿al humanista, al gestor, a ambos, a ninguno? Pero, quizás, la respuesta a esa pregunta no sea sino el haber presentido algo que se ha olvidado, que los humanistas hemos olvidado: actuar como gestores (si estos han olvidado actuar como humanistas es una pregunta que me tomaría tiempo responder; y no lo haré por ahora, pues no cuento con el espacio). Lo que los estudios humanísticos han olvidado<sup>4</sup> es que los humanistas somos (o debemos actuar como) gestores, dignos de un cantar de gesta. Eso de ningún modo porque seamos humanistas, sino porque es más divertido, intenso y emocionante vivir con el ideal de llevar a cabo hechos memorables. El humanista, debido a la pereza y/o indiferencia que lo rodean, ya no recuerda la aventura que implica la gestión de una empresa; tampoco se arriesga por iniciativas experimentales, híbridas y/o transgresoras, ya que eso implicaría jugarse una reputación de independencia que es su último bastión dentro de una sociedad que ya no lo toma en cuenta. ¿Quién anima a los jóvenes a estudiar humanidades? ¿Por qué importan cada vez menos carreras como filosofía, literatura o historia?

Esto no quiere decir que no existan propuestas jóvenes sobre las humanidades, pero su radicalidad agoniza debido a una incapacidad de gestionar sus proyectos.

<sup>1</sup>La formación profesional de las carreras de humanidades en la PUCP se asemeja, por momentos, al trabajo del investigador a tiempo completo cuyo fin es la publicación de papers y/o libros; baste recordar que sólo un mínimo porcentaje de los egresados de humanidades será sólo investigadores; de allí que nuestra educación no sea realista.

El humanista se ve, entonces, desamparado en una sociedad que ya no (re)conoce su importancia, donde ya no se le recuerda o, peor aún, en la que se ha olvidado su utilidad. Sí, utilidad. Si la población no sabe o no recuerda la utilidad del humanista para la sociedad, ¿cómo se le puede pedir que la re-valore? ¿Cómo criticar a una sociedad de “ignorante” cuando son los humanistas los primeros que deben reconocer su grave error (necesidad de autocrítica feroz) de no haber transformado creativamente su labor y haber permanecido en una visión de las humanidades típica del siglo XIX o de la primera mitad del XX? El apocalipticismo de muchos humanistas contemporáneos radica en lamentar la pérdida de una cultura que ya no se sostiene por sí sola: la cultura del libro.

Muchas personas siguen creyendo que el libro es el eje de la cultura. Una labor que el humanista-gestor debe llevar a cabo hoy es relativizar el libro como espacio privilegiado del saber: el libro no puede monopolizar la cultura de una comunidad y no sólo debido a la famosa oralidad pregonada por la antropología por más de medio siglo, sino porque el mundo ya no tiene como eje la cultura escrita: la cultura hoy es performativa, es relacional, es decir, que todos los elementos de la realidad sirven para crear sentidos que permiten comprender lo que existe desde múltiples puntos de vista o, de modo más radical aún, desde múltiples mundos (u ontologías); y es esto lo que los gestores más competentes han entendido muy bien.

Para un gestor, no hay elemento de la realidad que no pueda transmitir un sentido y compartir un mensaje. Pensemos, a este propósito, en un coloquio de literatura de la PUCP y en una estrategia publicitaria de los estudiantes de gestión de la misma universidad: en el primer caso, el centro del coloquio será la monótona lectura de ponencias de 20 minutos, un recital de lo más tradicional, quizás algunas fotografías y un coffee break: es lo escrito y su secuaz el libro los que dominan; un gestor, en cambio, pensará en el receptor de su mensaje, en todos los medios a su disposición para promoverlo, etc. Cuando el gestor convierte su anhelo de gesta en una empresa, se acerca a un nuevo tipo de humanista que hace uso de todos los elementos de la realidad para viralizar su mensaje eficientemente.

Y, sin embargo, algo falta: el porqué. Y quizás las breves líneas siguientes puedan responder a la pregunta de por qué el gestor debe acercarse al humanista: las humanidades (digamos las tradicionales, las del Pabellón H, y estas siempre pueden extenderse; de hecho, en cierto sentido, todas las carreras son humanísticas pues se encargan de comprender al hombre; aunque este es un debate aparte); como decía, las humanidades – y es esa una tesis, quizás la única, que quiero promover en estas líneas – buscan y permiten la extensión e intensificación de nuestra imaginación; las humanidades, en su reflexión sobre el hombre, nos ofrecen modos de ser hombre tan diversos y múltiples que nos permiten usualmente (ya que no siempre) tomar decisiones más reflexivas y creativas.

Termino estas breves notas enumerando tres giros o constelaciones que los estudios humanísticos deben tomar en cuenta si no quieren perderse en la cómoda coartada de la independencia (en otras palabras, ser sólo críticos y no proponer proyectos de gestión humanística creyendo que la sola lectura/escritura bastan o que las formas ya caducas, como un coloquio, son suficientes para hacer algo por las humanidades):

1. Humanidades digitales o giro digital: se trata de la necesidad de aprender a utilizar lenguajes digitales como el diseño web, la edición de imagen, los video-blogs, las cartografías digitales, etc. No se trata sólo de saber que existen sino de aprender a usarlos para descubrir en qué medida estos lenguajes pueden transformar el propio lenguaje de las humanidades. Ejemplo: hoy ya no se difunde una propuesta, se viraliza; y ese cambio de expresión implica una transformación en el modo de pensar e imaginar los circuitos de comunicación de los diversos saberes de una sociedad.

2. Humanidades micro-empresariales o giro micro-empresarial: se trata de reconocer que los humanistas habitamos un mundo en el que se producen intercambios económicos (desde la reciprocidad andina hasta un depósito bancario o viceversa). El humanista debe dejar de pensarse sólo como necesitado de un mecenas (estado, fundación, empresa privada) para promover sus saberes, su arte o diversas iniciativas; debemos aprender a crear alternativas rentables y no tener miedo a “ganar dinero” siempre y cuando se haga de modo independiente, con justicia y como reconocimiento a un trabajo bien hecho. Debemos dejar de pensarnos fuera del circuito económico sin dejar por ello de buscar apoyo y reconocimiento del Estado y diversas instituciones.

3. Humanidades erótico-pedagógicas o giro erótico-pedagógico: este punto es de suma importancia pues se trata de abandonar la idea de que somos solo difusores o promotores de cultura; el humanista poético-pedagógico busca, además de promover, imaginar y producir (poiesis: producción) nuevos modos de relacionarnos con la cultura en tanto objetos culturales pero también prácticas intersubjetivas (pedagogía); en otras palabras, se trata de ser capaces no sólo de publicar un libro sobre Vallejo sino de imaginar múltiples modos de relacionarnos con ese objetivo cultural que, sin dejar de lado la lectura, no sólo se reduzca a ella: Vallejo a través del diseño gráfico, de la arquitectura, de la moda, etc.

Es esta la gesta (o la gestión) del humanista contemporáneo quien debe recordar a aquel Cid, que en buena hora ciñó la espada, y reconocer que la buena hora para su memorable gesta es aquí y ahora, y que su espada no es sino la imaginación, el riesgo y la búsqueda constante de la felicidad de él mismo y de quienes lo rodean.